

Venciste, ¡oh muertel
Por tu desgracia;
Porque ese golpe
Rompió tu espada.
Murió el pecado,
Pues por tu causa
Fué á la inocencia
La muerte dada.
Y murió ¡oh padre!
Ya tu venganza,
Pues en el Justo
Quedó saciada.

Junto á tu huesa,
Redentor mio,
Súbite nacen
Rosas y lirios.
¡Oh, qué halagüeño,
Oh, qué benigno
Tornas al Padre,
De gloria benchidol
Y en el sepulcro
Pálido y frio
Eres la vida
Del cielo mismo.

IX.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Himno.

Ensalcemos al Rey que glorioso
De la muerte rompió las cadenas,
Y cantemos, divina María,
Al que os hizo del cielo la reina.
El os hizo su madre amorosa,
Su morada régia,
Su esposa escogida,
Su amiga perfecta,
Su lecho florido,
De su gloria muestra,
Su eterno recreo,
Toda la belleza.
El os hizo su luna graciosa,
Del Norte la estrella,
Su huerto cerrado,
Su blanca azucena;
Refugio de tristes,
Gloria de la tierra,
Fuente de la gracia,
Mar de la pureza.
El os hizo su torre murada,
Su Judit guerrera,
Su Débora invicta,
Su Esther predilecta,
Su dulce paloma,
Vaso de la ciencia,
Mansion de la vida,
Alma de su Iglesia.
¡Oh María! la vista amorosa
A este valle volved de miserias,
Y alcanzad de Jesús á su grey
Puro amor que la vida fenezca.
Por tu ruego á la patria subamos,
Y los coros angélicos vean
Por tí llenas las sillas dichosas
Que vacías dejó la soberbia.

X.

LA CONCORDIA.

AL REY, NUESTRO SEÑOR, Y Á SU HERMANO EL INFANTE DON CARLOS, CON MOTIVO DEL NACIMIENTO DEL HIJO PRIMOGÉNITO DE SU ALTEZA.

CANTATA.

Cual en los bosques árbol generoso
Por la tierra difunde sus raíces,
Y mientras más y más las multiplica,
Más gallardo se ostenta y más grandioso,

Y á los verdes espléndidos matices
Más lozana la vida comunica,
Llegando á ser, con prodigioso aumento,
Rey de la selva sin temor del viento;

Así tu régia estirpe
¡Oh Español se afianza,
Sin miedo á la mudanza
Del hado asolador.
Bajo su sombra augusta,
Patria feliz, reposa,
Y entónale gozosa
El himno del amor.

¡Oh amor! Tú eres solo
La vida del mundo,
Y tu ardor fecundo
Es todo su bien.
Los campos inmensos
Que Tétis domina
Tu llama divina
Abrasa también.

Ni ménos que al huésped
De las ondas frías
Tus rayos envías
Al fuerte leon.

Por tí el mudo tronco
De verdor se viste,
Por tí solo existe
La humana mansion.

Tú esmaltas el prado
De galanas flores,
Tú das los colores
Al lirio y carmin;
De tí su fragancia
La azucena toma,
Tuyo es el aroma
Que esparce el jazmin.

Tú das á las aves
Los vivos deseos
Que en dulces gorjeos
Canta el ruiseñor;
Y el jilguero dice
En sus blandos trinos:
Tus rayos divinos
Me alientan, amor.

Ese azul tranquilo
Que el alma arrebatada
Y en su luz retrata
Luz más celestial,
Imágen es viva
De la paz profunda
En que amor inunda
Un pecho leal.

Ese cielo hermoso,
De soles sembrado,
Tan sólo es guiado
Por la ley de amor;
Y aún el sacro Olimpo
Dichoso se llama
Porque amor derrama
En él su esplendor.

Amor, tú del cielo
Bajaste á la tierra
Y la cruda guerra
Hiciste cesar;
Liga al pueblo todo
En tu lazo blando:
Carlos y Fernando
Son el ejemplar.

Comunes sus penas,
Sus gozos comunes;
Que, amor, tú los unes
En un mismo sér.
La infanta perdida
Recobra Fernando,
De Carlos mirando
El hijo nacer.

Concordia felice,
Oh celeste diosa,
Que ocupas gloriosa
El trono español,
A toda la España
Tus rayos envía:

La eterna armonía
Es obra del sol.
Y tú, ¡oh gran padre del linaje humano!
Sobre la España extiende tus piedades;
Oye nuestro clamor, y el cetro hispano
Eterno admiren todas las edades;
Y de Borbon el trono soberano
Así pueda vencer las variedades
De la fortuna infiel, que inmóvil more
Mientras que el sol sus hemisferios dore.
Y que la rama de Fernando Augusto
En un príncipe luego se dilate,
Donde del padre bondadoso y justo
La bondad y justicia se retrate;
Así llegará á ser cumplido el gusto
De Carlos y Francisca, que en combate
De nuestro amor hoy ven, participando
De su gozo á Isabela y á Fernando.

Pues el orbe en el fuego suave
Va á animarse de la primavera,
Al monarca que España venera
Baje ¡oh cielo! tu justo favor.

De los bienes que pródiga ofrece
Derramar tu benéfica mano,
Será el bien y el placer soberano
Que á Isabela fecunde tu amor.

XI.

HIMNO EPITALÁMICO.

Á ELISA, SEÑORA ILUSTRE Y POCO ACAUDALADA.

Vén, Himeneo,
Deidad benigna,
Y ardan tus hachas
Ya por mi Elisa.

Mil veces ya el aroma
Mejor que Arabia cria,
Mis votos envolviendo,
Ardió sobre tu pira.

Conduélete de verla
En sus floridos dias,
De pálida tristeza
La bella faz teñida.

Cual yace en alto golfo
Deshabitada isla,
Que insultan libremente
Del fiero mar las iras,

Y á las opuestas playas
Sordo clamor envía,
A lástima moviendo
Sus plácidas orillas,

Así su dulce pecho,
Soledad enemiga,
A las ondas entrega
De su amargura impla.

Vén, Himeneo,
Dios de delicias,
Y ardan tus teas
Ya por mi Elisa.

Desde do el llanto empieza
La esposa dolorida,
Hasta do Febo baña
La rápida enadriga,

De los felices campos
Que Bétis fertiliza,
Exceden en tus cultos
Las amorosas ninfas.

Mas tú, dios inclemente,
De su clamor te olvidas,
Y en vano tus altares
Sus lágrimas fatigan.

¡Oh! que si Elisa safre
Fortuna tan esquivada,
Verás que á un dios impío
Otra deidad castiga.

Que ya de tus festejos
Me prometió Talía
Quitar, si no me escuchas,
Sus gracias y sus risas.

II. PS.-XVIII.

Vén, Himeneo,
Rey de delicias,
Y arda tu fuego
Ya por mi Elisa.
De Vesta ya en los ritos
La vi gemir cautiva,
Y al fiero altar de bronce
Ceder ya sus caricias.
Y en tanto te invocaba
Deidad más compasiva,
Y en su inocente pecho
Tu ley miraba escrita;
Tu ley, que en dulces lazos
El universo liga;
Tu ley, que el pez adora
Entre las ondas frías;
Tu ley, con que las flores
La fresca tez matizan;
Tu ley, con que los astros
La luz se comunican;
Y aún sobre el alto Olimpo
Tu grata ley domina,
Y el Padre omnipotente
A su poder se humilla.

Vén, Himeneo,
Deidad propicia,
Y arda tu fuego
Ya por mi Elisa.

¡Oh Elisa! ¡quién pudiera
La gloria darte antigua,
Con que brilló algún tiempo
Tu gente esclarecida!

Lograras los tesoros,
Del Bétis honra un dia,
Que dispó del fausto
La pompa parricida.

Nuevo Anfion, quisiera
Volver yo us ruinas
En otra augusta Tébas,
Prodigio de mi hira.

Mas Venus te dió en cambio
Belleza y gallardia,
Y en más sublimes dones
Minerva te hizo rica.

Vuela, ¡oh Cupido! vuela;
El arco invicto vibra,
Y victima conduce
De tantas gracias digna.

Ven, Himeneo,
Dios de delicias,
Y ardan las teas
Ya por mi Elisa.

Volaste, dios flechero,
En alas de la dicha,
Y tornas más que el rayo
Veloz de tu conquista.

Llegas y rinde Alcimo
El vasallaje á Elisa,
Y la orgullosa frente
Ante sus pies inclina.

El oro de la Arabia,
Que en tus paredes brilla,
De Elisa no merece
Ni aún la indignada vista.

Conócetlo, sí, Alcimo;
Que sólo así suspiras,
No indigno, por la mano
Que á Jove honrar podría.

Amor, amor te inflama,
Y de sus llamas vivas
Al resplandor, fortuna
Descubres tu justicia.

Vén, Himeneo,
Dios de delicias,
Y ardan las teas
Ya por mi Elisa.

Ya viene el dios benigno,
Ya viene, Elisa mia,
Ya todo bien te anuncia,
Todo placer te brinda.
De espanto tú ligada,
El gozo y cobardía

En agradable lucha
Sobre tu rostro pintas.
Tal viendo el mercadante
Su nave, que impelida
Del euro inesperado,
Súbite al puerto arriba,
Lo que pedir al cielo
Apénas osaría,
Gozado de repente,
Más que disfruta, admira.
Fijo tan dulce raptó
Siempre en tu pecho viva,
Como el mayor planeta
El mundo siempre anima.

*Gloria á Himenco,
Dios de delicias,
Pues de sus claras teas
Gozó ya Elisa;
Y que las gracias
Siempre le rian,
Y en siempre frescas rosas
Su lecho cunan;
Y que tus hijos
Copia sean viva
De tu ingenio y belleza,
Elisa mia.*

XII.

A UN MAGNATE.

OCTAVAS (1).

Entre el tumulto que confuso inquieta
Tu atención, ¡oh señor! febo me inspira
Un noble ardor de su virtud secreta,
Con que á ti llegue el eco de mi lira;
¿Qué no es dado al arrojo de un poeta
Cuando en sí el fuego de Helicon mira?
Traspasará las célicas regiones
Y á Jove mismo arrancará los dones.
Gime á tus puertas la ambición hinchada
Por tus favores con afán penoso,
Mientras yace una turba desvelada
De quien otro sospecha más dichoso;
Y cuando veinte veces no adornada
Vió á Flora de su manto delicioso,
Un joven llega á ti con osadía,
Pues te ruega por él tu amor, Talía.
Que, señor, este amor digno te aclama
De la esfera á que Júpiter destina
A los que sienten la gloriosa llama
Que hacia la eternidad sola camina.
Vive inmortal, prodigio de la fama,
Un grande emperador, no si domina
Su corona del orbe el ancho espacio,
Sino si él sabe coronar á Horacio.
Ni el pomo de Fortuna agradaría
A quien, de clara estirpe procreado,
Sólo gusta en su néctar la alegría
De verlo por sí en otros derivado;
Que ama el león su fiera compañía,
Ama la suya el tigre despiadado,
Ama los llantos el que triste gime,
Y ama el ajeno el mérito sublime.
Mas ved, señor, que sobre frágil leño
Hay quien del Ponto á la inquietud se entrega,
Y, arrebatado del audaz empeño,
Ya sólo mar y cielo á mirar llega;
Sin saber si de Noto el fiero ceño
Presa lo hará de su codicia ciega,
O del rubio metal tierra abundosa
Le ofrecerá su seno, generosa.
Así, de un dulce halago conducido,
De la segura orilla me desvía,
Y un mar me hace sulcar desconocido
La poco experta navecilla mia.
Pronto ¡ah misera! el puerto apetecido
O de Scila verás la turba impla;

1) Tenía ARJONA veinte y un años cuando escribió estas octavas
(Nota del Colector.)

Que justos con, mas tardos, tus temores,
Y ya te esperan burlas ó favores,
Pero, señor, si, misero Zólo,
La raza aumento que mi patria oprime,
No temas, no, que tu benigno asilo
Grave delito en Helicon se estime;
Que siempre, á tu pesar, Midas tranquilo
Ley dictará desde el dosel sublime,
Y tu edad venturosa tanta sea
Cuantos reinos su cetro señorea.
Mas si por elección del alto cielo,
En mí funda esperanzas el Parnaso,
Y el excelso lugar á mi desvelo
De la inmortalidad concede acaso,
Posteridad, ya viendo estoy tu celo
Contra el hado, en justicia siempre escaso,
Y de inútiles lágrimas, mas piás,
Pagar tributo á mis cenizas frias.
Entonces ya, cuando mis huesos yertos
En hórrido monton yazan confusos,
Los más sabios varones mis aciertos
Mostrarán en análisis difusos;
Otro Selma creará de entre los muertos
Mi nuevo rostro para doctos usos,
Y me harán, patria, altar tus academias;
Que al que vivo matáras, muerto premias.

XIII.

ENDECHAS.

Desde este triste albergue,
Cuyos muros sombríos
Imágen sin cesar me son funesta
De mi negra fortuna y cruel destino,
Estas dolientes letras,
Oh Aletino, te envío,
Aunque sin esperanza de que hallen
La menor compasión á mi suplicio.
Incauto tú el veneno
En mi pecho sencillo
Lanzaste un día, y con enjutos ojos
Me ves gemir en mi mortal delirio.
¡Oh mi bien! Si no amante,
Al ménos compasivo,
De tu Adelaida acuerdate, y su nombre
Pronuncia alguna vez entre suspiros;
De la triste Adelaida,
Que llorando ha esculpido
En todos los cipreses las palabras
Que la encantan en boca de Aletino.
Desde que el sol empieza
A derramar su brillo,
Hasta que, desmayado, de la noche
Se sumerge en los lóbregos dominios,
De fieras tempestades
Oigo los crudos silbos,
Que en el mortal silencio de las sombras
Aumentan más y más su atroz prestigio.
Cielo, benigno cielo,
Mira mi desvario;
¡Ay! socórreme y vuélveme mi alma;
Que aun la region ignoro donde habito.
Dame el alma, que triste
De mí se ha desprendido,
Y me ha dejado que, cual sombra errante,
Incierta vague en mi críuel retiro.
Dudo si todo es sueño,
Dudo si muero ó vivo....
¡Oh Aletino, mi bien! vén, y piadoso
Sácame de las dudas en que gimo.
Con sola tu presencia,
El astro matutino
Juzgo ver, que disipa, amaneciendo,
Las nieblas de mi pecho dolorido.
Tu alma sobrehumana,
Tu corazón divino
(Oh el mortal más amable, que en sus dones
El cielo liberal ha ennoblecido)
¡Dejarán que Adelaida,
De su dolor continuo
Tan temprano á la tumba conducida,

ALETINO Á ADELAIDA.

ENDECHAS.

Luchar contra el destino
Demencia es, Adelaida;
Que el río impetuoso
Quebrantará los remos y la barca.
Cautivo que gimiendo
Las cadenas arrastra,
Aumenta sus dolores;
Y alivia sus fatigas el que canta.
Inlemente me juzgas;
¡Ah si vieras la llama
Que devora incesante
Los más íntimos senos de mi alma!
Mas ¿para qué descubre
Mi compasión incauta
Un amor que debiera
Sepultarse del Lete entre las aguas?
Menti.... yo no te amo;
Te aborrezco, Adelaida,
No.... mas ¡ay! nunca fuera
La triste hora en que admiré tus gracias.
Más duro es que la muerte,
Amor sin esperanza....
¡Oh infeliz á quien niegan
Escogerse la suerte que le agrada!
Si yo, Adelaida mia,
Entré fieras borrascas,
Aun viendo á todas horas
De la muerte la bárbara guadaña,
Conducirte pudiera
A una tierra ignorada
Donde en dulces delicias
Nuestras almas amantes se anudáran,
Vieras que los peligros
Intrépido arrostrara,
Dominando los mares,
De mi arrojado amor sobre las alas.
Vieras que el golfo en vano
Las ondas enerespara;
Que contra amor no hay fuerza,
Ni teme los escollos el que ama.
Mas entre tanto mira,
¡Oh Adelaida adorada!
Mira el muro de bronce
Que por siempre invencible nos separa.
De crímenes se miran
Tus sendas circundadas;
¡Cielos! mi amor no manche
Al dulce objeto de mis tiernas ansias.
Mi corazón ya has visto;
No quieras, Adelaida,
Dando rienda á tus penas,
Probar una virtud que ya desmaya.

XVI.

EPIGRAMA Á DELIA.

Hércules en la cuna
Dos serpientes mató;
Presagio que dió el cielo
De su invicto valor.
Tal es, recién nacido,
Delia, tu nuevo amor;
Que aun no cuenta tres días,
Y á los demas venció.

XVII.

EL DUENDE.

*Madre mia, murió el duende;
Ya no tenemos con que
Poder asombrar al niño:
Cuando rabiáre, ¿qué haré?
Se asomaba al postiguillo
Y los dientes le enseñaba
Y le sacaba la lengua,*

Aun gima inquieta en el sepulcro mismo?
¡Ah! no: del cielo imágen
Es tu alma, bien mio:
Tu compasión imploro; tuya soy;
¿Cerraras á mis quejas los oídos?

XIV.

Á DELIA.

AMOR FELIZ.

Como en serena noche
Su pacífica luz la luna sientra,
Y en sus rayos de plata
Se engalanan los mares y las selvas,
Así, con grato imperio,
En mi tu lumbre deleitosa reina,
Y una llama de vida
Se extiende blandamente por mis venas.
¡Oh! reina eternamente,
Reina en mi pecho, deliciosa Delia,
Eterna como el astro
Que en suavidad imitas y en belleza.
Por fin, amor, un día
Alegres himnos entonar me dieras,
Ya mi votiva tabla
Es justo, Venus, que en tu templo penda;
Porque murió el dominio
Que en mí diste á Dorila, la altanera,
Y en justo desagravio,
Por ti herida, he burlado su soberbia.
Gracias á tus halagos
Ya, Delia, he roto tan críuel cadena,
Y tu triunfal carroza
Ha de seguir Dorila prisionera.
Tu carroza triunfante
Con que la diosa tus piedades premia,
Y en que sus blancos cisnes
Te elevarán brillando por la esfera.
En tu sublime vuelo.
Mi adoración recibes, y halagüeña
A inundarme descendes
En las delicias que tu carro anegan.
Y entre tantos favores
Divina ante mis ojos te presentas:
Así á la cipria diosa
Amado el padre veneró de Eneas.
¡Ay Delia! sin el fuego
Que á los amantes tristes atormenta
Ardo, y mi ardor mitigas
En un torrente cándido de néctar.
Tu amor me es más suave
Que lenta lluvia á la abrasada tierra,
Y que el mar cuando manso
Bate plácidamente las riberas,
Que el aire que entre flores
Con mil lascivos giros juguetea,
Y arroyuelo que limpio
Al brillo de la aurora reverbera.
¡Oh! ¡cuán tranquilamente,
Diosa mia, mi espíritu enajenas,
Y el enojo me infundes
De cuanto bien el universo alberga!
El dios que en blanco cisne
Por el amor se trasformó de Leda,
Sus gozos cambiara
Por mí, cuando tus brazos me rodean.
A envidia entónces nuevo
A los hombres, los brutos y las piedras,
Y el dios de los amores,
Viéndome, á Páfos envidioso vuela.
En invictos espacios
Mi alma se pierde, de delicias ébria,
Y al ver que Delia es mia,
De mí me olvido y de la misma Delia.

Y el niño al punto callaba.
Pero ahora, madre mía, etc.
 Otras veces se vestía
 De fraile ó de sacristán,
 Y el pobre niño pensaba
 Que lo iban á enterrar.
Pero ahora, madre mía, etc.
 También yo estaba contenta,
 Porque el duende era mi amigo,
 Y nunca á mí me asombraba,
 Sino me hacía cariños.
 Mire usted, los tales duendes
 A los hombres intimidan;
 Mas para nosotras, todos
 Son de mercocha y almibar.

XVIII.

Á LA MEMORIA.

¡Cuán divino es el dón de la memoria!
 Por ella se engrandece el sér humano
 Y llega á hacerse el hombre ciudadano
 Del anchuroso imperio de la historia.
 Vence siglos y edades, y escogiendo
 El tiempo que le agrada,
 Hace en él su morada.
 Así mortales límites trasciendo,
 Y, de mi fuerza y libertad unidas,
 De una vida fugaz formo mil vidas.

XIX.

A UN MÉDICO.

¡Oh tú, que en otro tiempo de Esculapio
 Ejercitaste la gloriosa senda,
 Y con malditos récipes echaste
 A tantos infelices á la tierra!
 Ora, siguiendo en pos del crudo Marte,
 La muerte, osado, en los contrarios siembras,
 Haciendo huir en vergonzosa fuga
 A los muy pocos que con vida dejas.
 Ya esgrimas, como médico ó soldado,
 O la espada ó la pluma en las recetas,
 Los campos-santos guardan tus trofeos,
 Y las campanas tus victorias cuentan.

XX.

AL CATECISMO DE ESTADO,
DEL DOCTOR VILLANUEVA.

Epigrama.
 Para la gente vulgar
 Escribes tu Catecismo;
 No te lo pienso negar,
 Pues ya estaba yo en lo mismo.
 Toda España de tí siente
 Ser tu piedad tan sublime,
 Que es cuanto por tí se imprime
 Catecismo solamente.

XXI.

AL MISMO ASUNTO.

Epigrama.
 De tus obras afirmé
 Que eran catecismo puro;
 Lo confirmo, aunque aseguro
 Que hay mucho que no es de fe.

XXII.

Á ISIDORO MAIQUEZ.

La oscura noche de la escena hispana
 Cedió ya al resplandor del nuevo día;
 Nuevos lanros, que el odio no profana,
 A Melpomene adornan y á Talía.
 Naturaleza, de su triunfo ufana,
 Al genio vencedor su imperio fia,
 Y dice al entregarle el cetro de oro:
 « Mi imágen eres tú, triunfa Isidoro. »

XXIII.

JÁCARA.

Junto al gran Guadalquivir,
 En la patria de Lucano,
 Se tuvo el baile gitano
 Que ahora voy á describir.

Graciosas hijas de Mémfis,
 Hoy, que es noche de San Juan,
 Sigamos la antigua usanza
 Y vamos á retozar.

Vamos corriendo, Juamilla,
 Eche el pandero el compas,
 Y hasta hacerse una jalea
 No dejemos de saltar.

¡Buena! Guapa va la danza:
 Dieguillo, un paso hácia atrás,
 Que haces que Chuca recule
 Y no luzca el delantal.

¡Cotal! ¡Qué lindas chinelas!
 Se conoce que tu Blas
 Echó el resto en esa media
 Tan luciente y tan igual.

Esa guitarra, Cacharro,
 Se ha empezado á destemplar;
 Esos palillos, Andrea;
 Ese moño, Nicolás.

Ya se ha bailado una hora,
 Y es tiempo de descansar.
 Ea, divino Montillano,
 Tú nuestro gozo serás.

Vamos, cada cual su vaso
 Hasta arriba ha de llenar,
 Y sin dejarle golilla,
 Que ha de venir ras con ras.

Ya estamos todos armados....
 Pues, hijitos, escuchad:
 Ha de ir trago por vaso,
 Y el que cayere, caerá.

Sólo os advierto, muchachas,
 Que no caigais hácia atrás,
 Que en damas tan principales
 Esa caída es mortal.

Pecho firme, que despnes
 Al baile se ha de tornar,
 Y es menester que los cuerpos
 Guarden su elasticidad.

Primer brindis: por el Rey.
 Su Divina Majestad
 Le dé más años de vida
 Que arenas tiene la mar.

Y de una reina más linda
 Que la que en descanso está,
 Tenga, dentro de diez años,
 Más hijos que un colmenar.

Cayó todo el vaso entero....
 Pues volvamos á cargar,
 Y que un vaso solo caiga
 Por la familia real.

Se apuró.... Vamos, que falta
 Un trago muy principal
 Por aquel amigo mío
 Que nos tiene que amparar.

¡ Os acordais de quién hablo ?
 — No nos hemos de acordar,
 Si no puede ser por otro
 Que por el señor don Juan?

Usted mismo nos ha dicho
 Que nos las puede apostar
 A todos nosotros juntos
 Y á otros cuatrocientos más.

Ese es, hijos; que mis ojos
 Lo vean de cardenal;
 Que bien con lo blanco y rubio
 Lo encarnado pegará.

Que á los que tengan envidia
 Los envíe á pescar,
 Y el que no pueda, reviente,
 Que muchos reventarán.

Que Dios le dé más pesetas
 Que á un judío en Gibraltar;
 Que en esa parte, hijos míos,
 Poco aprovechado está.

Que pueda cuanto quisiere,
 Y que quiera hasta no más;
 Y en cuanto ponga la mano
 Salga con prosperidad.

Y que el ángel de mi guarda
 No lo deje descansar
 Hasta que todos logremos
 Lo que á todos nos valdrá....

Viva, padrino, que viva.
 ¡ Oh con cuánta suavidad
 Se nos coló todo el vaso,
 Todo sin pestañear!

Pues me parece, muchachos,
 Que ésa es muy buena señal:
 Repitamos el agüero,
 Que es digno de averiguar.

Lo mismo se ha deslizado
 El vaso sin tropezar,
 Y cuantos vasos se pongan,
 Sin derramarse entrarán.

Pues volvamos á la danza;
 Que pronto va á madrugar,
 Y en la Virgen del Amparo
 A misa tocando están.

Vamos á pedirle á Dios,
 Que es quien las cosas nos da;
 Que sin su divino auxilio
 Es un cuento lo demas.

No nos paremos; que si uno
 La cama llega á tomar,
 No despierta en todo el día,
 Aunque lo mande San Juan.

XXIV.

APÓLOGO.

Una zorra, golosa por extremo,
 Vió abandonado un tierno corderillo,
 De piés y manos preso. Como un rayo
 Al cautivo se arroja, cuando, áun ántes
 De ejercitar el codicioso diente,
 Salta la artificiosa y fiera trampa,
 De cuyos hierros escapó la hambrienta,
 A costa de una mano y de la cola.
 Despues de no gran tiempo, vió amarrado
 Otro lindo cordero, á cuya vista
 Presta escapó, cual de feroz moloso,
 Y sin osar volver atrás la vista.
 Dícese que al compas de su cojera
 Esta sábia lección iba gruñendo:
 « Caer la primera vez fué inexperiencia;
 Caer otra vez estupidez sería. »

XXV.

HIMNO GUERRERO (1).

Suene, suene la trompa guerrera,
 Cuyos ecos alegran la España;

(1) Pertenece á una tragedia en tres actos, titulada *Córdoba guerrera*. Sólo hemos hallado el primer acto entre los papeles autógrafos de ARJONA. El asunto de la tragedia se refiere á la guerra de la Independencia.

El león ya recobra su saña
 Y amedrenta al tirano opresor.
 Tal el rayo entre nubes oscuras
 Aparece del todo apagado,
 Cuando súbito rompe el nublado
 Y arde todo á su altivo furor.

Con grata memoria,
 Jóvenes altivos,
 Renovad la gloria
 Que á España ilustró.

Mil veces la arena
 Que pisais ahora
 La sangre agarena
 Vertida tiño.

Dieron nuestros reyes
 A toda la Europa
 Soberanas leyes
 En guerra y en paz.

Quien, por su fortuna,
 Nació en la España,
 Cantaba su cuna
 Del mundo á la faz.

Del valor guerrero,
 Del saber glorioso,
 Un orbe fué entero
 Premio al español.

Y llevó la España
 En triunfo su nombre
 Por cuanto el mar baña,
 Cuanto dora el sol.

¡ Quién de las altas cumbres de tu imperio
 A tanto abatimiento te ha arrastrado ?
 Yace tu excelso cetro destrozado,
 Y tú cercana á un triste cautiverio.

El tirano sagaz del Mediodía
 De tu degradacion valerse intenta,
 ¡ Cómo sufres ¡ oh España! tanta afrenta ?
 ¡ Cómo así te abandonas, patria mía !

Suene, suene la trompa guerrera, etc.

Si eres, España, el suelo
 De la feroz Numancia,
 No sufras, no, de Francia
 Al pérfido opresor.

Dénnos vuestros sepulcros
 ¡ Oh reyes de Castilla !
 Vuestra inmortal cuchilla,
 Del árabe terror.

Con grata memoria, etc.

¡ Oh de Córdoba honor, que eterno brillas,
 Como del cielo el astro soberano!
 Gonzalo ilustre, que nombrado humillas
 No ménos al francés que al italiano;

Hoy de tu Bétis gocen las orillas
 Triunfo que emule al tuyo en Garellano,
 Y tu gloriosa sombra el númen sea
 Que intimide al francés en la pelea.

Suene, suene la trompa guerrera, etc.

XXVI.

HIMNO SACRO.

Del dragon la cabeza orgullosa
 Con tu espada, Miguel, quebrantaste,
 Y proteges con lúcido escudo
 A la Iglesia del fiero combate.

¡ Serafin sublime!
 Desciende á la tierra
 Y oye los clamores
 De nuestras miserias,

Y volando despues al alcázar
 Donde tiene su trono el Eterno,
 Nuestros votos humildes presenta,
 En los tuyos ardientes envueltos.

Contra Dios la soberbia se erige,
 Y Luzbel, las legiones sagradas
 Usurpar al Señor intentando,
 Una parte de tres arrebató.

Mas tú, en celo ardiendo,
 « ¡ Quién como Dios ? », dices

Con voz que los cielos
Temblaren de oírte,
La humildad y el amor, en fin, triunfan
En el cielo, cual triunfa en la tierra;
Triunfe amor y humildad de nosotros,
Que el vencido es quien vence esta guerra.
De Moisés sobre el cuerpo se opuso
Satanas al divino decreto,
Y su furia domaste clamando,
« Dios te manda, dragón altanero. »
¡ Oh Miguel glorioso!
Al pueblo cristiano
Con amor repite
Tan dulce mandato.
Dios nos manda, ¡ qué dicha es oírlo!

Dios nos manda, ¡ qué amable precepto!
Corazones humanos, rendíos;
Mande Dios en la tierra y el cielo.
Del hebreo tú fuiste el amparo,
Tú también lo serás de la Iglesia,
Cual á orilla del Tigris fué dicho
De Sion al benigno profeta.
Los tiempos infaustos,
Miguel, se aproximan;
De Abraham ya salva
Las tristes reliquias.
Ya la piedra angular entrelace
Los dos pueblos en gracia perenne,
Y en edades de paz perdurable
De Jesus el imperio se eleve.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON MANUEL MARÍA DE ARJONA.

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL SEÑOR DON MANUEL RAMAJO (1).

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO nació, en Enero de 1764, en el lugar de Morínigo, provincia de Salamanca.

A la edad de doce años fué á estudiar á la universidad de Salamanca, y admitido, en el año de 1779, en el seminario conciliar de aquella ciudad, á la época de la abertura de este establecimiento, estudió en él los principios de retórica y poética, despues de la lengua latina, y con su aplicacion, adquirió cabal inteligencia de los buenos modelos de la antigüedad, eligiendo entre nuestros autores los que más de cerca siguieron á aquéllos.

Desde entónces tomó SANCHEZ gran afición á la poesia, empleando, á pesar de sus directores, más tiempo en la lectura de Virgilio y Horacio que en la de los teólogos escolásticos, que quisieron manejase despues del estudio de la filosofia.

En ésta no habia librado mal para aquellos tiempos, pues ademas de los elementos de las matemáticas, le habian puesto en las manos una física exacta y una filosofia moral, no despreciable. Pero como su pasión dominante era la poesia, se dedicaba sólo á aquellos estudios que, á su parecer, podian contribuir á perfeccionarle en el arte que hacia sus delicias.

Era entónces la época del vigor de los Melendez é Iglesias, á quienes SANCHEZ buscó, y presentó sus primeros ensayos, que no desaprobaron, ántes bien le alentaron á proseguir, dirigiéndole con sus consejos.

*Balbutire novus cepi nova carmina vates
Non secus infans edere verba solet....
At labor at tempus, studiumque et faustus Apollo
Ingenii vincunt non sine laude moras.*

Así se expresa en una hermosa oda que compuso en su destierro de la Libia, añadiendo luego:

Curia dat sedem; novi, cohuique poetas.

En 1788, llegado ya al término de su carrera teológica, y sin embargo de no haber desagradado en el ejercicio para el grado de bachiller, que recibió, como el de la filosofia, por la universidad, se resolvió á abandonar una profesion poco conforme á su índole y sentimientos.

(1) Este apunte biográfico, con las más de las poesías métricas de SANCHEZ BARBERO que ahora publicamos, fué entregado, muchos años há, por el señor Ramajo á nuestro querido amigo el insigne escritor don Ramón de Mesonero Romanos. El señor Ramajo fué constante amigo de SANCHEZ BARBERO; redactó con él, con Gallardo y con otros hombres notables de aquel tiempo, el célebre *Conciso*, de Cádiz. Fué asimismo compañero de desventuras de SANCHEZ, y, como él, perseguido, y confinado en Melilla por sus ideas liberales.

Recientemente, nuestro distinguido amigo el señor D. Julian Sanchez Ruano, diputado y literato salmantino, prematuramente arrebatado por la muerte en 20 de Agosto del presente año (1871), nos franqueó todas las poesías castellanas, autógrafas, que poseía de su ilustre antepasado D. FRANCISCO SANCHEZ BARBERO. Estos autógrafos, que tenemos á la vista, han servido para rectificar y completar la coleccion entregada en otro tiempo por el señor Ramajo al señor de Mesonero Romanos. (Nota del Colector.)